

Conceptos fundamentales de la psicología analítica

En el trabajo desarrollado por Freud, *Moisés y la religión monoteísta* (1938), el fundador del psicoanálisis describe la existencia de “unos sedimentos psíquicos” fijados desde tiempos primordiales y que constituyen una herencia que se reanima con cada nueva generación. Sin embargo, sería su discípulo favorito, Jung, quien llevaría esta noción hasta sus últimas consecuencias, al punto que su desarrollo implicaría la ruptura con quien había sido su maestro. Entre las diferencias entre la concepción junguiana y la freudiana, señalemos que para Jung, a diferencia de lo que afirma el discurso psicoanalítico, no existe “deformación” de los contenidos que emergen del inconsciente. No hay enmascaramiento; lo que ocurre es que el inconsciente nos habla en una lengua que no es familiar para nuestra conciencia, la del lenguaje metafórico y analógico tan propia del denominado hombre primitivo y cuyos vestigios encontramos en numerosas tradiciones filosóficas y espirituales, siendo el símbolo el elemento nuclear en la plasmación de lo arquetípico, como lo demuestra el estudio de la mitología y las religiones comparadas. La división junguiana de “lo inconsciente” en una parte personal y otra colectiva implicaría no sólo cuestionar aspectos vinculados al formato estructural de ese inconsciente (para Jung, la sustancia de lo inconsciente se plasma en la imagen, en contraposición con la teoría freudiana, para la que ese sustancia sería la representación lingüística), sino también a un tema de ubicación en planos distintos, el de lo personal y el de lo colectivo), aunque el autor suizo establezca una relación entre ambos planos. Lo inconsciente se caracteriza para Jung por su carácter “compensador”, que irrumpe de forma privilegiada en el mundo de los sueños. En ellos, junto a aspectos personales ligados a la historia del sujeto y marcados por la cuña de la represión, podríamos encontrar símbolos ligados al inconsciente colectivo, producidos por la emergencia de ese sustrato transpersonal. La aparición de dichos materiales se encuentra íntimamente vinculada con momentos de transformación vital, existiendo una relación clara con lo que determinadas culturas aborígenes consideraban “ritos de paso”.

Pero para ir entendiendo en toda su amplitud las diferencias que separan el discurso del freudiano, conviene que repasemos algunos de los conceptos básicos de la psicología analítica:

- A) El inconsciente personal y el inconsciente colectivo. Para Jung, lo inconsciente ha de comprenderse “como la

totalidad del conjunto de fenómenos psíquicos carentes de la cualidad de conciencia".¹ Esa totalidad abarca tanto los contenidos reprimidos (por su carácter de intolerables para la conciencia), como los contenidos heredados, que aún no se han materializado en la conciencia y que forman parte del sustrato colectivo del inconsciente. El sustrato personal es, para el discurso junguiano, "un estrato en cierta medida superficial", que descansa sobre otro más profundo que no se origina en la experiencia y en la adquisición personales, sino que es innato.² Jung elige la expresión "colectivo" porque ese inconsciente es de naturaleza universal, es decir, en contraste con la psique individual, tiene contenidos y modos de comportamiento que son los mismos en todas partes y en todos los individuos. En otras palabras, constituye un fundamento "de índole suprapersonal".³

B) Manifestaciones de lo inconsciente. Para Jung, la imaginación conecta con los estratos instintivos de la psique que configuran una parte fundamental de lo inconsciente. El hombre civilizado ha ido separando progresivamente su conciencia de esos estratos instintivos, a diferencia del primitivo, que dota de propiedades psíquicas prácticamente a todo su entorno.⁴ La imaginación, como vestigio aún presente de ese pensamiento primitivo, es una de las posibles vías de expresión del inconsciente procedente de los substratos más arcaicos de la psique, así como, también, del inconsciente más personal, ese inconsciente que tiene que ver con la represión. El sueño constituye una suerte de imaginación, donde las imágenes oníricas son fieles exponentes del discurso de lo inconsciente. Para Jung, en el sueño se presentan imágenes que son análogas a las ideas, mitos y ritos primitivos, sin excluir la posibilidad de que la imagen onírica represente la expresión de un deseo no satisfecho en aquellos sueños a los que el autor suizo dio el calificativo de "reductivos". Otra de las expresiones más importantes de lo inconsciente se manifiesta mediante la proyección, por la que el sujeto ve reflejado en el mundo exterior su legado interno. El hombre primitivo ya utilizaba la proyección cuando expresaba en los diversos sucesos naturales los dramas que acontecían en su alma. El

¹ Jung, C. G., *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*, Paidós, Barcelona, 1990.

² Jung, C.G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós, Barcelona, 1988.

³ *Ibid.*

⁴ Jung, C. G., *El hombre y sus símbolos*, Paidós, Barcelona, 1981.

denominado hombre civilizado sigue utilizando la proyección, y aunque la mayoría de las veces no se traduzca en la dotación de un alma viva a la realidad material, es muy frecuente que vea los demonios en los demás, ante su incapacidad para ver los propios. Proyectamos, sobre todo, los aspectos que no nos gustan de nosotros mismos, pero también podemos proyectar prototipos que hacen referencia a nuestro legado colectivo sobre grupos (étnicos, sociales, etc.) de índole muy variada. Una forma específica de proyección es la que se da en el marco del trabajo analítico, donde ya vimos, en el capítulo dedicado al psicoanálisis, que el paciente puede investir al terapeuta del conflicto paterno o materno mediante la transferencia. Jung amplía la visión freudiana con la inclusión del sustrato transpersonal, lo que lleva a que el conflicto pueda ser un conflicto con los dioses.

C) Propiedades del inconsciente. La tendencia a relativizar los opuestos es una característica de lo inconsciente.⁵ La asignación de esta propiedad hace que la teoría junguiana se acerque a concepciones orientales como la filosofía taoísta, donde la integración de los opuestos constituye un elemento clave del desarrollo filosófico; pero también la vincula con la tradición alquímica occidental, donde “la boda” de los opuestos es una operación fundamental del *opus* alquímico. Otro aspecto importante de la función del inconsciente es restablecer nuestro equilibrio psicológico: es lo que Jung llama *papel compensador*. El inconsciente podría expresar la compensación de las deficiencias de la personalidad, y al mismo tiempo advertir de los peligros de la vida real, faceta que ligaría el inconsciente no sólo al pasado, sino también al presente. El inconsciente no sería, por tanto, un mero depositario del pasado, sino que en él habitan contenidos nuevos que jamás fueron conscientes, y que al mismo tiempo nos pueden sugerir soluciones creativas a determinados problemas, tanto de índole interna como externa. Muchos artistas, filósofos y científicos deben, según el autor suizo, algunas de sus mejores inspiraciones a la aparición de forma súbita de ideas procedentes del inconsciente.

D) El arquetipo como matriz del inconsciente colectivo. Así como el ser humano posee una batería de instintos que le disponen a formas típicas de acción y que se repiten uniforme y regularmente, también es dueño de la posibilidad

⁵ Jung, C.G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós, Barcelona, 1988.

de desarrollar imágenes que seguirían las mismas pautas (imágenes arquetípicas), y que constituirían manifestaciones del inconsciente más profundo.⁶ *Archetypus* es una paráfrasis explicativa del *eidos* platónico.⁷ Esta denominación indica que los contenidos del inconsciente colectivo son arcaicos o primitivos, como si la tendencia a desarrollar “imágenes” hubiera habitado en la psique del ser humano desde los albores mismos de “la creación”. Estas imágenes se asociarían al símbolo, que a diferencia del signo no representaría algo conocido y que, como indica el autor de temas analíticos Robin Robertson, precede a la comprensión consciente, es algo vivo, no una abstracción muerta que puede interpretarse literalmente.⁸ El símbolo pasaría a convertirse en signo una vez comprendido por completo el misterio que representaba. Desde este planteamiento, el desarrollo de la personalidad tiene sus semillas *in potentia* desde el mismo nacimiento. Todos los niños nacerían con un anteproyecto de vida intacto, tanto física como mentalmente, que no viene propiciado por el entorno actual, sino por una combinación de presión selectiva y herencia, que actúan en el contexto de los entornos anteriores en los que la especie humana se ha desarrollado. Debemos señalar que el analista suizo utilizaba algunos términos de la psicología de forma metafórica; en este sentido, y la afirmación junguiana de los arquetipos sólo representa la posibilidad de ciertos tipos de percepción o acción. Jung señaló esto de forma clara cuando en 1946 estableció una distinción precisa entre el arquetipo como tal, profundamente inconsciente y por lo tanto incognoscible, y las imágenes arquetípicas a las que el arquetipo da origen. Se hereda la disposición a tener determinada experiencia, no la experiencia misma. El arquetipo es la infraestructura básica, el terreno sobre el que se alzan las imágenes primordiales. La selección reiterada de mutaciones fortuitas durante miles de generaciones y cientos de miles de años, ha producido el actual genotipo o estructura arquetípica de la especie humana. Y esto se manifiesta con la misma certeza en la estructura de la psique que en la anatomía del cuerpo humano. Estas “propensiones” se manifiestan en la recursividad de determinados objetos arquetípicos, como el “falo ritual”, de

⁶ Jung, C.G., *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*, Paidós, Barcelona, 1990.

⁷ Jung, C.G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós, Barcelona, 1988.

⁸ Robertson, R., *Arquetipos jungianos*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

acontecimientos arquetípicos como “la muerte y la resurrección”, o de figuras arquetípicas como la del “viejo sabio”. La influencia de este concepto puede rastrearse en formulaciones psicoanalíticas contemporáneas, como las kleinianas y las de la escuela de las relaciones objetales, donde se afirma que el infante no aprende a relacionarse con el pecho materno mediante una asociación arbitraria, sino que ya sabe instintivamente de él, pues desde el nacimiento lleva incorporado la imagen de ese objeto.

E) Los complejos y su relación con lo colectivo y lo personal. Para el discurso sólo cabe hablar de inconsciente cuando es posible verificar la existencia de contenidos del mismo. Cuando estos contenidos constituyen, en lo fundamental, partes del inconsciente personal, los denominamos “complejos”.⁹ Así como la unidad básica del inconsciente colectivo sería el arquetipo, la unidad básica del inconsciente personal sería el complejo. Para Jung, los complejos son una parte esencial de la psique, incluso de la psique sana, y uno de los aspectos que más desarrolló Jung en su articulación teórica fue el de la autonomía de los complejos. Los complejos parecen tener voluntad, vida y personalidad propia; cuando un complejo irrumpie con fuerza, el yo se puede hundir en la pasividad, en la medida en que el complejo emerge generando una personalidad extraña e imprevista, semejante a “un estado de posesión”. Era tal la importancia que Jung otorgaba a los complejos que quiso llamar a su propia escuela de pensamiento “psicología de los complejos”, aunque en última instancia se decidió por la definición más genérica de “psicología analítica”.¹⁰ Gracias a sus investigaciones con el test de asociación (1906), Jung se convenció de que en el centro de todos los complejos existe un “elemento nuclear” que funciona fuera del alcance de la voluntad consciente. Más tarde llamaría a este elemento nuclear arquetipo. Las ideas asociadas y con carga emocional se agrupan entorno a dicho núcleo. Pero ¿cómo se convertiría un arquetipo del inconsciente colectivo en un complejo de la psique personal? Según Anthony Stevens las leyes de la asociación desarrolladas por la psicología académica del siglo XIX pueden ayudarnos a entender el tema. Aplicando esas leyes, podemos establecer la hipótesis

⁹ Jung, C.G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós, Barcelona, 1988.

¹⁰ Pascal, *op. cit.*

de que un arquetipo comienza a actuar en la psique cuando un individuo se halla próximo (contigüidad) a una situación o a una persona cuyas características son semejantes al arquetipo en cuestión. Cuando un arquetipo se “constela”, acumula ideas, percepciones y experiencias emocionales asociadas a la situación, objeto o persona responsable de su activación, y éstas se incorporan a un complejo que luego actúa en el inconsciente personal. Podríamos decir, para concluir este punto, que el inconsciente personal sería el resultado de la interacción entre el inconsciente colectivo y el entorno donde el individuo se desenvuelve; entre lo que emerge sin haber pasado por el filtro de la represión, y lo reprimido.

La dialéctica entre el substrato colectivo y el personal configura el discurso de lo inconsciente, en el que la experiencia real se va mezclando con los esquemas arquetípicos que prefiguran patrones cognoscitivos. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en este sueño de una de mis pacientes:

“Sueño que estoy todo el día discutiendo con mi madre. Es como un sargento muy agobiante. Estamos las dos sentadas en el sofá, hay un chal que se transforma en el diablo e intenta ahogarme”.

En verdad, la analizada se sentía en muchos momentos ahogada por su madre real, pero el sueño va más allá de esta circunstancia, y vislumbra la objetividad de un complejo materno que induce a la soñante a adoptar una posición pasiva frente a determinadas facetas de su vida, tal como reflejaba la realidad instintivo-emocional de mi paciente. El complejo materno “posee” cuando el sujeto pierde toda iniciativa y le lleva a adoptar una posición que los freudianos definirían como oral.

Sin duda, las características de la madre real modelan la relación del sujeto con su complejo materno, como ha quedado dicho a propósito de mi analizada; pero, al mismo tiempo, existe un substrato común a todo ser humano que sirve como esquema básico donde se aposenta la realidad particular de cada cual. Este molde básico se encuentra presidido por el Eros, por el impulso de la madre a dar en el seno de la relación materno-filial, a satisfacer las necesidades de sus hijos y a estar unida a ellos. Sin embargo, todo ello podría desembocar en una anulación del sujeto, como ocurría en el caso de la paciente, si éste no es capaz de adquirir una cierta dosis de autonomía, o, para decirlo en términos s, de constelizar el

arquetipo del guerrero que vence al dragón y evita verse tragado por él. Algunos pueblos celebraban de forma ceremonial el logro de esa autonomía, mediante fiestas en las que se escenificaban los ritos de paso, como el que se da entre la niñez y el despertar de la pubertad. Un analizado mío tuvo el siguiente sueño:

“Estoy en un río, veo una sombra muy grande, creo que es un cocodrilo, emerge su cabeza pero soy capaz de meterle mis dedos en sus ojos, así consigo escapar”.

Este paciente atravesaba una etapa de su vida en la que era incapaz de afrontar sus problemas, adoptaba una postura totalmente pasiva y esperaba que los demás le sacaran del atolladero. Comenzaba a tener problemas con el juego y no tenía la fuerza necesaria para controlar sus impulsos. En el momento en que tuvo este sueño, el analizado había empezado a reaccionar, su consciente comenzaba a asumir que era responsable de su vida y que, si era necesario tendría, que aprender a frustrar algunos de los impulsos por los que se sentía atrapado. Sólo con un calzador psicoanalítico podríamos hacer una lectura del sueño que lo interpretara como satisfacción encubierta de deseos reprimidos (Freud) o como intento ficticio de solución del conflicto (Garma). Al contrario, la idea junguiana de que una de las funciones de la emergencia del material onírico consiste en promover una compensación de los límites de la conciencia, encuentra en el sueño y en la realidad vital de mi paciente una nítida constatación